

Boda en la cárcel

*Compañera
usted sabe
puede contar
conmigo
no hasta dos
o hasta diez
sino contar
conmigo*

*Mario Benedetti
'Hagamos un trato'*

Llevo unos días escribiendo pequeños relatos. Este confinamiento me ha traído muchos recuerdos, casi siempre retazos, de una vida que parecía que no era la mía, que era de otra persona, de alguien que ya ha desaparecido; hasta que me he decidido a rememorar y escribir. Aquel joven entre 17 y 27 años que ya daba por amortizado, de pronto me está enviando, desde algún lugar, los recuerdos necesarios, crudos, a veces duros, para que acepte que era yo mismo. Y de cómo era. No me envía una épica de la resistencia, a la que tanto nos aferramos, me envía mis miedos, mis inseguridades, mi forma tan simplificada de ver las cosas, me envía mis sentimientos de entonces. Me envía, por supuesto, nuestras banderas rotas, aquellas en las que creímos, aquellas 'que nos rompió la vida / La lluvia y la ventolera / De nuestra dura derrota'. Y no me queda otra que asumirlo y, quizás escribirlo, para mí, para Amaia, June y Ander, para mis camaradas, para mis amigos de Donostia, que quizás no entiendan todo pero cuya generosidad les hace decirme que siga escribiendo.

El relato de hoy es muy especial, me ha costado mucho decidirme a escribirlo porque me remueve muchas cosas. Podría contarlo como una mera anécdota más, hechos un tanto especiales, muy poca gente se ha casado en una cárcel franquista. Me cuesta porque forma parte de mi pasado, como otras cosas que he escrito, del pasado de mi compañera de entonces, de algún modo del pasado de mis hijos y, especialmente, de una relación que acabó mal, como tantas otras.

Al igual que he dicho que creía que aquel joven no era yo, el mal fin de una relación después de tantos años te hace pasar página, quizás mal pasada, y la ves como formando parte de una vida anterior. Es muy difícil recordar los buenos momentos de tantos años, que los hubo, el sacrificio de tu pareja por ti en momentos muy difíciles. Por eso me siento tan inseguro en esta historia.

Pero en fin....

Era un 7 de diciembre de 1973. Yo estaba en mi celda de la tercera galería de la cárcel de Carabanchel. Era temprano. Estaba esperando a que abrieran las celdas para poder bajar a la ducha. Era mi costumbre diaria: bajar el primero para pillar agua caliente. En esa carrera peleaba

con Nico Sartorius y Marcelino Camacho. Aunque era una pelea teórica porque había tres duchas y todas las mañanas éramos solo nosotros tres allí abajo, invierno y verano. Había que salir al patio para llegar a las duchas. Y en Madrid hace mucho frío.

Aquella mañana era especial y yo necesitaba una ducha a fondo, no sabía qué me iba a deparar el día exactamente. Porque era el día de mi boda.

Si, de mi boda, y en la cárcel, sí. Agurtzane y yo llevábamos allí dos meses. Ella en lo que entonces llamaban 'el psiquiátrico', la sección de mujeres situada en el mismo gran recinto de Carabanchel, y yo, como he dicho, en la galería de presos políticos.

Llevábamos tiempo juntos, habíamos vivido la militancia en Valencia y Castellón, la clandestinidad, un pequeño período en Zaragoza y otro algo mayor en Madrid. Fue, además, en ese período de clandestinidad cuando vivimos por primera vez juntos, con documentación falsa, en una planta baja de la calle Linneo, una zona pobre pero cercana al Manzanares y al Campo del Moro. Con medios económicos escasos y en una organización diezmada y controlada por la policía.

Habíamos pasado tres días en manos de la policía franquista. Dura experiencia para ambos pero especialmente dura para ella por el hecho de ser mujer y sentirse inerme ante aquellos bestias que solo sabían pegar, torturar e insultar: 'puta', 'miliciana' (¡terrible insulto!).

En nuestra convivencia nunca habíamos planteado casarnos, creo que en condiciones normales no lo hubiéramos hecho. Pero estábamos convencidos de que nos iban a caer bastantes años de condena y la única manera de poder vernos con frecuencia, escasa frecuencia, era casándonos. Así que ya habíamos pasado ambos por todos los trámites necesarios: solicitudes, entrevista con los directores, presiones y amenazas que hicieron imposible una boda civil, entrevista con el cura de la cárcel, etc.

Por cierto, el cura da para un relato: su característica principal era su amplio conocimiento de las prostitutas que entraban en la cárcel de mujeres, conocimiento de la calle, claro. Y las entrevistas con él también se podrían relatar. Tenía una cosa muy buena: era un cínico sin ninguna vergüenza, lo cual facilitaba las cosas.

A las ocho de la mañana, como siempre, abrieron la celda, pasó el recuento y bajé a ducharme. A media mañana me llamaron a voz en grito en la galería, pasé el control de salida, me revisaron los pocos regalos que llevaba y me entregaron a un grupo de policías –grises- para llevarme a mi boda. Yo estaba convencido de que no era necesario salir del recinto para ir a la cárcel de mujeres y me preocupó un poco aquel montaje. Sin embargo fue una conducción normal, en un Land-Rover de la policía, dos grises iban delante y otros dos detrás conmigo, salimos a la calle durante unos diez minutos. Tengo que decir que los policías fueron amables y que eran unos auténticos 'pardillos'; eran jóvenes y me miraban como si fuera un extraterrestre. Hasta me preguntaron si era comunista, con cara de absoluta ignorancia, no tenían ni idea de lo que significaba esa palabra más allá del adoctrinamiento fascista que recibían.

La llegada a la cárcel de mujeres, el reencuentro, es algo que conservo en una nube difusa, fue muy tierno después de tres meses sin vernos, pero en medio de funcionarias bastante desagradables. Creo que vinieron mis padres, pero no mis suegros, si mi cuñado José Mari. Y

recuerdo a Matilde, mi querida madrina de boda, en la cárcel también y con la que sigo conservando una gran amistad, una eterna amistad recuperada hace unos años.

Tengo delante la foto de la boda que es mi recuerdo más claro. Y no me, nos, reconozco en esos dos jóvenes de 23 y 21 años de pie, en una postura forzada, con una pared blanca detrás. El director de la cárcel de mujeres vigiló con un cuidado un poco paranoico que en la foto no saliera ningún detalle que delatara el lugar. Con esa ropa de circunstancias, ambos con alguna prenda de cuadros, muy de la época, ella el pantalón, yo el jersey; y un punto de tristeza en la mirada, si no te lo dicen no es para nada una foto de boda.

La ceremonia en el despacho del director fue corta: el cura, fiel a su cinismo, abrevió; el funcionario del juzgado nos entregó el libro de familia. Tuvimos muy poco tiempo para hablar y abrazar a nuestros familiares y a Matilde.

Luego nos dejaron solos en el despacho del director como media hora. Yo siempre he sospechado que estaban mirando por algún sitio, pero es posible que fuera solo mi imaginación. Al menos pudimos hablar a solas, durante los meses anteriores solo nos habíamos comunicado mediante cartas clandestinas, cartas que familiares de otros camaradas sacaban de una cárcel y metían en otra escondidas en la comida o a través de las comunicaciones, como luego contaré. Es fácil entender que la situación no era cómoda. Y ahí lo dejo.

La despedida fue triste. No nos volvimos a abrazar hasta más de un año y medio después, cuando yo, por fin salí en libertad. En contra de nuestras previsiones a Agurtzane le dieron la libertad provisional antes de navidad y ya solo nos vimos a través de rejas y cristales en los locutorios de la cárcel, como cualquier otra familia. Entonces no había visitas 'vis a vis' de las que sí han disfrutado en los años posteriores la gente de ETA.

El locutorio era una enorme sala cuadrada. En una de las paredes estaba la puerta por la que entraban los familiares. Y en las otras tres una pared baja, hecha de cemento y sobre ella otra de rejas y doble cristal con agujeros que llegaba hasta el techo. Se creaba así un pasillo en forma de U en donde estábamos los presos, aislados del espacio central de las familias. Unas banquetas y unas pequeñas separaciones delimitaban los distintos locutorios. Los visitantes se sentaban en el lado del gran hueco central y nosotros en el pasillo. No había teléfonos como en las películas americanas, se hablaba a través de los cristales. Pero sí había micrófonos para que el funcionario de guardia pudiera escuchar las conversaciones. Obviamente no todas a la vez, pero tú no sabías si te escuchaba a ti.

Es verdad que en nuestra historia carcelaria siempre encontramos escapatorias, formas de engañar al sistema franquista de prisiones. No sé cuántos locutorios había en aquella sala, ¿Quizás treinta?, ¿cuarenta? Pero en uno de los lados, más o menos en la mitad, había unos especiales: los 'butrones'. Los presos, comunes y políticos, habían conseguido hacer un espacio-buzón no visible, de unos milímetros, ente el murete de un metro y los cristales y rejas que estaban encima. Por allí algunos familiares nos entregaban todo tipo de materiales impresos y nosotros sacábamos otros, cartas que no queríamos que pasaran la censura, etc. Agurtzane y yo pasamos muchas cosas, nuestras, de otros camaradas, del Partido. Pero al entrar a las comunicaciones había que correr para pillar esos sitios porque estaban muy solicitados; el que se iba a encargar de pasar cosas corría y los demás formaban una muralla para impedir que los comunes u otros políticos nos quitaran los 'butrones'. Y había que pasar los papeles hablando de

otra cosa, las cosas más nimias por si el funcionario estaba escuchando, a la vez que vigilábamos que nadie se acercara.

Es curioso cómo hay recuerdos que te quedan para siempre. En contra de la nebulosa que envuelve todo lo que estoy contando, recuerdo con absoluta nitidez un día en que, inmerso en pleno proceso de paso de papeles y cartas, me volví y vi al subdirector de la cárcel detrás de mí, a un metro. Acompañaba a unas visitas a las que explicaba lo bien que vivíamos los presos. Estaba tan imbuido de su papel que no me vio. Hubo suerte.

Al terminar la boda me devolvieron los mismos grises y tuve que soportar un cacheo muy desagradable para volver a mi galería. Tuve un encontronazo con el funcionario de prisiones que se negó a dejarme pasar un rompecabezas que me habían regalado las camaradas del 'psiquiátrico'. La bronca subió de tono y me acabaron sancionando. Podría detallar lo que contó el funcionario porque figura en mi expediente carcelario, que tengo en casa, pero ¿para qué?

Hice un escrito de protesta y recibí el rompecabezas. El funcionario también fue sancionado, pero imagino que era puro papeleo.

Recuerdo que en la comuna del FRAP hicimos una fiesta. Por suerte los familiares de los camaradas de Madrid, los más numerosos, nos traían comida todas las semanas y esta vez se esmeraron. Bebimos algo de vino, aquel vino de la cárcel, malo, que guardábamos para negociar con los comunes cuando necesitábamos que nos consiguieran algo a lo que nosotros no llegábamos. Hacer la fiesta era lo que tocaba, pero creo que yo no estaba para fiestas y es esa parte de mi vida que no recuerdo, que he borrado, consciente o inconscientemente. Además aquella fiesta solo de hombres me recordaba las bodas en determinadas comunidades judías o musulmanas.



Una vez más, tengo que citar a mi querido amigo y maestro, Juan, que creó y leyó allí una poesía, al igual que hizo 25 años después cuando celebramos las 'bodas de plata' con el grupo de amigos más cercano. Y con las chicas, claro, esta vez sí.

Una estrofa:

*Aquella sencilla boda,
allí y entonces,
encerró para mí una suave ironía poética más corrosiva que el
ácido...
ver erguirse una flor diminuta entre tanto mito y tanto
sicario...*

Mi recuerdo de todo aquello es agri dulce. Mi vida en la cárcel siguió con sus alegrías y tristezas, con el cariño de los camaradas que ya he contado en otra parte. También he contado ya el periplo posterior: yo cumplí casi dos años de condena, Agurtzane también fue condenada (a quince meses) pero no volvió a entrar en la cárcel. Nos fuimos a París, pasamos allí un año malviviendo, volvimos, rehicimos nuestra vida, tuvimos hijos. Dos hijos. Esa fue la parte mejor.

Durante esos años, Agurtzane trabajó de enfermera en Madrid y me visitaba dos veces por semana. Trabajó de enfermera en Canarias, permitiéndome así terminar la carrera y hacer oposiciones. Creo que nunca le di las gracias por aquellos años. Ahora es tarde.

Y, como tantos otros camaradas, dimos lo mejor de nosotros en nuestros respectivos trabajos, igual que lo habíamos dado en el empeño de hacer la revolución, tan fracasado.

P. Orenga